

pueblos que no tienen libertad, los que andan en busca de una patria que los reciba porque en la propia no han encontrado asilo; los que andan por el mundo distribuyendo sus simientes de belleza y su lumbre de cultura. Un día es un gran dramaturgo, Jacinto Benavente, el que dice su mensaje de arte; otro día es un gran violinista que anda perdido por el mundo; más tarde es un sociólogo que viene del Sur en afanes doctrinarios o un educador que nos llega del Norte curioseando en nuestra cultura. La post-guerra también ha dispersado por el mundo inquietos intelectos y hombres de profunda cultura. Don Omar los busca y los trae a la Escuela. Un día es un profesor alemán profundo en psicología experimental, distinguido y caballeroso; otro día es un belga que viene preocupado con los movimientos modernos en Educación, o un grupo de profesores norteamericanos que quieren conocer nuestros sistemas educativos. Y todos se asombran de su Escuela, en la que encuentran el ritmo de los más modernos colegios del mundo; todos se asombran de la cultura de este hombre y sobre todo de su gran madestia, de su excesiva humildad. Profesores de dinamismo pasan por la Escuela y dejan prendida su llama en el alma de la juventud. Así llega un día el Dr. don Agustín Nieto Caballero. Viene de Colombia con su gran prestigio de educador y de hombre de letras. Don Omar está ansioso de escucharle y de oír un consejo porque el Dr. Nieto Caballero está realizando un gran ensayo educativo en su Gimnasio Moderno de Bogotá. El maestro colombiano anda en gira de "buena voluntad"; viene con un gran grupo de discípulos — muchachos sencillos y fuertes, tonificados en una disciplina de estudio, en contacto con la naturaleza, encendidos en el ideal de su maestro — recorriendo su tierra americana. Traen los brazos tendidos en amistad cordial; el corazón despierto para sentir la palpitación de estas tierras que hablan la lengua de Cervantes; los oídos abiertos sutilmente para escuchar la voz de América ¡Nuestra América! El doctor Nieto Caballero es compañía hermana y grata que llega del Sur al suelo costarricense; es inteligencia clara y ciencia vasta que nos puede enseñar. Don Omar quiere aprender, quiere que sus discípulos aprendan de labios de otros maestros y don Agustín Nieto Caba-

llero dice su mensaje en las aulas de la Escuela Normal. Mientras tanto, el maestro costarricense sueña: ¿Cuándo sus alumnos de la Escuela Normal viajarán por el mundo como ahora pueden hacerlo los discípulos de Nieto Caballero? Don Omar está contento, profundamente contento con estas visitas en las que puede encontrar no el aplauso que favorezca su vanidad sino el consejo o la fe que robustezca su concepción del trabajo que realiza esa Escuela Normal. Está contento también porque quiere que sus jóvenes alumnos se den cuenta de que el mundo es un vasto campo de acción y de ideal, y que de todas partes vienen los honores agitando la vida. ¡Son las ideas en marcha! Y con las ideas los sentimientos profundos; la belleza como suprema expresión. Una tarde, Berta Singerman desgrana las notas de su garganta en las aulas de la Escuela Normal y una ola de belleza llena los corazones. Omar está estremecido de gozo, como un niño entre los jóvenes. Ve transfigurada la figura helénica de la magnífica declamadora, la imagina nimbada en la sombra de una montaña, tan hondamente siente cuando la belleza penetra en su alma.

A la Escuela Normal llegan todos los que traen un mensaje y los jóvenes se sienten así vinculados con el correr de las ideas. Ellos mismos se han ejercitado con la presencia de estas visitas porque tienen que recibirlas y saludarlas siempre con el corazón amistoso. Los jóvenes reciben estas visitas porque se han acostumbrado a encontrar en ellas un ejemplo que los estimule. Un día llega a la Escuela, acompañado de García Monge, un hombre cuyo rostro está profundamente oscuro. No habla inglés como los negritos de nuestra costa Atlántica, sino francés. Este hombre negro es Jolie Bois, el Presidente Constitucional de la República de Haití, convertido ahora en un proscrito. Anda por tierras de América buscando justicia para la causa de su patria; anda conmoviendo los nobles sentimientos humanos para encontrar apoyo moral para la causa de su patria humillada. Este hombre está ante los jóvenes de la Escuela Normal y cuando cuenta las miserias que sufre su patria humillada por las botas de soldados extranjeros, en los ojos de ese

rostro negro asoman lágrimas conmovedoras que dicen a los jóvenes, mejor que toda otra expresión, cuán grande es el dolor de los hombres nobles cuando su patria pierde la libertad. Don Omar está conmovido y un respetuoso silencio como protesta se siente en las aulas de la Escuela Normal. Cómo quisieran estos jóvenes ayudar ahora a Jolie Bois, cómo ven de resplandeciente la blancura en el corazón de un hombre que no anhela más que la libertad de su patria. Estos son los ejemplos que reciben los alumnos de la Escuela Normal; de esta manera la mente de estos maestros se proyectará más allá del límite de su pequeño país para comprender que en el mundo sólo hay una virtud: el Bien; y sólo hay una necesidad: la Justicia; y sólo hay un anhelo: la Libertad.

¿Cómo resuelve don Omar Dengo los difíciles problemas que se presentan en este régimen de absoluta libertad que mantiene en sus alumnos? En una ocasión anuncian la llegada a la Escuela de un grupo de maestros de un país centroamericano. Traen un mensaje de los maestros de su país para la Escuela Normal y los viene acompañando el representante diplomático que acaba de manifestar por la prensa sus ideas políticas que chocan con los principios que corrientemente se viven en nuestro país. Los alumnos que han venido viviendo su vida de libertad y a quienes ha desagradado la actitud del representante diplomático, creen que no deben recibir a tales emisarios que vienen con la representación de un gobierno que no es precisamente un modelo de libertad. Los alumnos quieren excusarse de asistir a esta recepción porque creen que con su asistencia rinden homenaje a un gobierno que no concede a su pueblo la libertad que todos deseamos. Organizan con este objeto un movimiento que tiene visos de generalizarse. Don Omar que está enfermo en cama lo sabe y se levanta para hablar a sus alumnos. Están reunidos en la Sala Magna; lo ven llegar pálido, demacrado, sin corbata. Les pide excusa por la forma en que se presenta (don Omar es siempre un modelo de pulcritud) y comienza sus palabras serenamente: "Jóvenes, he oído decir que ustedes no quieren recibir a los maestros centroamericanos que nos van a visitar..." Es

una plática conmovedora, elevada, humana. No hay regaños ni amenazas, ni violencias, sino suave y cordial explicación. "Insisto por sobre todo en que hay un deber humano, el deber de cortesía que ustedes saben practicar con todos los que llegan a esta casa, y que yo sé que lo practican sobre todo otro sentimiento. No olviden además, mis queridos jóvenes, que ellos son maestros y los maestros son nuestros hermanos de ideas... ¿Acaso tienen ellos la culpa de que en su país exista un régimen que no esté de acuerdo con nuestra personal manera de concebir la libertad y el gobierno?... "Ustedes, como yo, podemos negarnos a recibir en nuestra propia casa las visitas que no nos satisfacen; eso que en sí es descortesía puede justificarse en algunos casos, pero nosotros en la Escuela Normal tenemos que recibir a todos los que nos buscan porque han puesto su confianza en esta casa y porque de todos los que aquí vienen siempre podemos aprender alguna hermosa lección". Y los maestros centroamericanos fueron recibidos cordialmente en la Escuela Normal; y los jóvenes tuvieron la ocasión de contarles cómo viven los estudiantes en un colegio en donde cada uno piensa por sí mismo y es responsable de sus propias actitudes.

Así resolvía don Omar los "difíciles" problemas disciplinarios. Nada de castigos, nada de expulsiones que jamás se realizaron; simplemente trataba de explicar y de aconsejar. Dialogaba con sus alumnos diariamente acerca de todo lo que les interesaba a ellos y a la Escuela. Ellos mismos habían creado una forma de disciplina en la que sólo cabía el consejo cariñoso de algún profesor o la explicación paternal y amistosa del Director.

* * *

"Que desde mañana haya alegría en la Escuela". Esta fué la última frase del mensaje a sus alumnos a la hora de su muerte. Que haya alegría en la Escuela; alegría creadora; alegría de juventud coronada de dichas, estremecida de ideales. Que sus estudiantes estuvieran alegres, fué siempre una de sus mayores preocupaciones. Como él fué un niño triste y solitario, no quiso que sus alumnos se contagiaran de la melancolía que le rodeó en su niñez. Para que

estuvieran alegres imaginó cuantos medios delicados es posible encontrar en un hogar a fin de que la alegría resplandezca en todo instante. En la convivencia social es preciso que alumbre el destello de la sonrisa, la alegría que se vierta en lumbre clara de los ojos y en risa franca. Todo lo que gusté a los jóvenes lo proyecta para que compense las fatigas del esfuerzo intenso que hacen en sus estudios, o para que renueven en un instante la condición interna que les haya producido alguna pena. En una ocasión se le ocurre llevar la "Escuela íntegra" a Puntarenas. Se mueve en todo sentido, busca recursos de aquí y de allá. Sacrifica sus propios recursos de manera que todos los alumnos puedan disfrutar de esta excursión. Y la "Escuela íntegra" va a Puntarenas. No pierde la ocasión de llevar su mensaje de cultura ni decir una nueva lección cívica. Es la primera vez que a un maestro de escuela se le ocurre tal "aventura" pero él dice: "¿Por qué temer, acaso no son los jóvenes dignos de toda nuestra confianza?" ¡Inspirar confianza! He aquí otra de sus preocupaciones. Inspirar confianza para que el joven abra todas las maravillosas potencias de su espíritu y el maestro pueda servirle en su despliegue de capacidades. Inspirar confianza para que los jóvenes también se manifiesten y adquieran su sentido de responsabilidad. Inspirar para que ellos encuentren por sí mismo las ocasiones de dirigir su vida y pulir sus sentimientos.

Los alumnos se van de vacaciones y no conviene dejarlos ir con la ingrata inquietud de las notas; por el contrario es necesario alegrarlos; que en el último día de clases vivan un día de profunda alegría. Así anhelarán volver a la Escuela lo antes posible, así la recordarán. Porque "todos recordamos con gratitud las horas dichosas que hemos pasado en la vida". ¡Qué legiones de estudiantes esperan ansiosamente el día en que han de terminar sus lecciones para no volver a tener ningún contacto con su colegio! Don Omar quiere lo contrario. Es necesario hacer siempre una alegre fiesta de despedida. Desde el Director hasta el más venerable de los profesores se convierten en niños juguetones y alegres para que los demás tengan alegría. El salón, que en otras ocasiones mantiene su augusta severidad, parece derrumbarse a carcajadas. Al terminar la fiesta todas las

caras están iluminadas por el esplendor de la alegría. ¡Cuántos días gozarán recordando esa hora dichosa!

Unas veces es un baile que pone en movimiento toda la juventud. El salón está bellamente adornado y la ilusión de la fiesta conmueve a todos los jóvenes. En este baile don Omar va de un lado a otro sonriendo y preguntando "¿por qué no habrá venido Fulano, qué le pasará a Zutano?" Porque conoce uno por uno a todos sus alumnos; con cada uno ha dialogado por separado y de cada uno tiene más de una amable confianza. ¡Qué extraña y respetuosa emoción sienten los alumnos cuando ven que su Director pasa con una bandeja repartiendo refrescos, helados y golosinas, y sobre todo dejando en todos una broma y una palabra cariñosa! ¡Cómo no han de recordar esos alumnos a su Escuela y cómo no han de querer entrañablemente a su Director!

¿Cómo ha logrado aunar en un solo haz el pensamiento y la actividad de sus colaboradores y de todos sus alumnos para ennoblecer la Escuela, para engrandecerla y mantener una intensa actividad que empieza muy temprano de la mañana y termina tarde de la noche?... Don Omar no ha puesto más que una virtud de su corazón en la vida de la Escuela; es su bondad infinita. Pero en ella están su sinceridad, su lealtad, su respeto a los demás. Con esa bondad comprende las inquietudes de sus jóvenes, con esa bondad se acerca a los profesores que están a su lado. Es una bondad ingenua, limpia, transparente como la de un niño, sin nada de suficiencia, ni de petulancia. A veces parece excesivamente ingenuo; con esa transparente ingenuidad se acerca al joven profesor, al inexperto profesor y le pide consejo sobre un libro que intenta comprar, o con una gran modestia le ofrece un libro sobre la materia, que le acaba de llegar y que tal vez puede serle útil. Jamás entra en las clases a "fiscalizar" lecciones y cuando tiene algo que decir a los alumnos, con una humildad infinita pide mil perdones al profesor por la interrupción que le causa. Días más tarde muestra alegremente el libro comprado que le recomendó el joven profesor o le pide modestamente una opinión acerca de lo que ha leído en el libro que él le puso en sus manos. El único inconveniente es que el tal libro está en inglés, en

francés, o en italiano y el profesor, para dar una respuesta digna, así, delicadamente, se siente estimulado a estudiar inglés, francés o italiano. ¡Qué discreta manera de ayudar! ¡Qué delicada manera de ir preparando un profesorado que tenga no sólo conocimientos en la materia que enseña, sino que conozca también de los complejos problemas de la Educación! Él tiene confianza en todos y en todo. Por eso siempre los alienta. Profesores y alumnos lo buscan para sentirse confortados con su estímulo y de esta manera es el Director; ¡es el Director! Nadie se siente deprimido por una frase dura ni por un gesto hostil. Se le ve el semblante deprimido, atenazado por la enfermedad, pero cuando se acerca a sus alumnos o a sus profesores siempre le deslumbra con una sonrisa y con una palabra amable. No ve en nadie sus defectos o sus debilidades y mucho menos los encuentra en sus jóvenes estudiantes. Tiene fe en ellos y se entrega a servirles con una ilimitada confianza que todos devuelven de igual manera.

Vamos a iniciar la apertura del curso en la Escuela Normal. Previamente ha reunido a sus profesores y en una conversación amistosa, muy llena de cordialidad, les presenta su plan de actividades para el año; les habla de sus nuevas reflexiones con respecto a éste o el otro asunto; les dice cómo en otras partes han logrado resolver tal o cual problema; les cuenta de tal o cual propósito y les pide consejo: "¿Qué les parece, no creen que valdría la pena intentar en la Escuela un ensayo de tal naturaleza?" "¿Qué les parece?" Es como decir qué piensan ustedes, qué dicen ustedes. Y él ha contado las cosas con tal alegría, con tal entusiasmo tan sin poses doctorales que todo el profesorado siente que debe hacerse algo, y aparecen profesores que se ofrecen a acometer un ensayo, a variar tal o cual plan de estudios, a ensayar tal o cual sistema de exámenes. En estos consejos de iniciación del curso expone por entero sus planes de educador y no las simples disposiciones de carácter administrativo. Lo que busca es una comprensión de sus planes y la amistosa cooperación para desarrollarlos. Es tan suave y delicada su manera de insinuar, es tan respetuosa su manera de solicitar colaboración que nadie pue-

de negársela. El profesorado se unifica en un solo propósito: servir a la Escuela. ¿Quién se excusará a servir con abnegación con tan gentil compañero que no sabe ordenar y sin embargo dirige? Así su Escuela afirma, año tras año, su prestigio sin que deslumbré a las multitudes con manifestaciones externas.

Hoy es el día señalado para la apertura del curso. La Escuela está abierta desde temprano y en todas las pizarras está escrita una frase cariñosa para los alumnos. En la estrecha Dirección está don Omar alegre, sonriente. Los alumnos y los profesores entran y salen y con todos cambia una palabra cariñosa y hasta una frase ingeniosa. Rápidamente se informa de cómo vuelven sus alumnos; para todos tiene una frase que les hace recordar que han estado en su pensamiento. "¿Recibió mi carta?", le pregunta a uno. "¿Se curó de su pie enfermo?", le pregunta a otro. "¿Dónde va a trabajar su hermano?" "¿Se mejoró su papá?"... En los corredores de la escuela los alumnos recién llegados van formando grupos, ríen, se estrechan las manos, se transmiten sus alegrías, se dan la bienvenida. No hay lecciones esta mañana, no puede haber lecciones pero los alumnos no se retiran; por el contrario, cada vez la Escuela está más llena. Todos tienen muchas cosas que contarse y para estar contentos no hay otro sitio mejor que la Escuela. Hay ruido de colmena, risas y canciones. Los profesores tienen también mucho que contarse entre sí; todos son muy amigos, todos se conocen; también tienen muchos amigos entre sus alumnos y todos se alegran de volverse a encontrar. No puede haber lecciones en este día. Porque más importante es conocerse, juntarse, cultivar amistades, quererse. En amistad honda el trabajo será fecundo y llevadero. Hay que hacer amistades, hay que cultivar amistades. Este primer día del curso es precisamente para cultivar amistades. El profesor recién llegado o el alumno nuevo rápidamente se encuentran en un ambiente familiar, acogidos en el corazón de muchos. El Director ya no está en su estrecha Dirección; ahora va por todas partes de la Escuela dejando una broma en cada corrillo de alumnos o una caricia de sus manos en la cabeza de algún recién llegado un tanto tímido. A poco entra en la Dirección abrazan-

do a un muchachito asustadizo, tímido, que llega por primera vez a la Escuela. Viene de un lugar distante del país, no tiene conocidos, le deslumbra todo: el bullicio, el número de alumnos, el edificio. Sus pies no conocen todavía las torturas del zapato y su cuello desnudo no ha conocido más corbata que un enorme pañuelo rojo. Don Omar ya sabe su nombre, sabe de dónde viene, de qué escuela lejana procede, qué maestro impulsó a este muchacho a venir a la Escuela Normal. En la Dirección lo presenta a los que están, agregando de su cosecha todas las referencias que pueden servir para dar a este joven la seguridad de que lo conocía y de que lo esperaba. Después llama a dos o tres estudiantes de los mayores, les presenta el recién llegado y les dice: "Aquí tienen un compañero. ¿Quieren Uds. hacerme el favor de enseñarle la Escuela?" Y al nuevo le dice: "Hágase amigo de ellos, son muy buenos muchachos"...

Toda la mañana permanecen los alumnos en la Escuela; están por todas partes, buscan a sus conocidos, preguntan por las novedades; vacían en todas partes la cascada de palabras que sólo pueden correr entre los compañeros de colegio. Los nuevos ya se han familiarizado con la Escuela y han encontrado amigos. ¿Lecciones hoy? ¡Ni pensarlo! Nadie tiene el ánimo para escuchar lecciones. Hoy es un día para los saludos, para los recuerdos gratos, para renovar amistades, para conocerse y para sentirse vinculado a la Escuela por lazos invisibles. ¡Qué Escuela ésta en donde los alumnos y los profesores no hacen otra cosa más que reír y conversar en este primer día de lecciones! Pero mañana sí comenzaremos. Y se comienza con tal organización que no se perderá un minuto innecesariamente.

* * *

En esta otra mañana las pizarras de la Escuela contienen todas las instrucciones que hay que poner en conocimiento de los alumnos. En sitio visible está el cuadro de horarios y en las pizarras de las clases nuevos pensamientos cariñosos relacionados con el trabajo del año. Cuando el timbre que anuncia el comienzo de las lecciones se escucha tres veces los alumnos saben que tienen que pasar a la Sala Magna. Es la primera asamblea del año. Todos los

profesores están presentes; no hay instrucciones especiales que impartir. Los alumnos se desenvuelven con perfecto conocimiento de todo cuanto tienen que hacer. La pequeña preocupación que acaso tienen es conocer el nombre de algún profesor extraño para la mayoría. ¿Será profesor de Inglés, de Química o de Matemáticas?

En el salón los alumnos se sientan ordenadamente. El profesor de música se sienta al piano y las notas de "Alma Máter" abren sus alas sonoras. Los estudiantes se ponen de pie y cantan su himno con entusiasmo. Se sientan y se va apagando el murmullo de las voces hasta que se siente un silencio religioso. Don Omar sonriente, con una gran suavidad en sus movimientos se levanta de su silla y lentamente avanza hacia el frente hasta situarse "más cerca" de sus alumnos. Su cabeza está ligeramente inclinada sobre el hombro izquierdo y sus labios se abren en una gran sonrisa de simpatía. Comienza a decir sus primeras palabras con voz muy suave y lenta, y muy lentamente va sacando las manos que están como escondidas en los bolsillos de su saco. A poco, estas manos parecen alas que se agitan sobre las cabezas de sus jóvenes alumnos y su voz tiembla y canta con sonora vibración...

"Hoy es el primer día de lecciones de este año. Hoy es, pues, un día de hermosa fiesta. Deseo inducirlos a pensar que ello debe tener para ustedes una significación profunda. El primer día de lecciones, este primer día, debe adquirir en el espíritu de ustedes la trascendencia de algo definitivo. No cabe ser sólo un día, sino una vida, es decir, la noble y bella vida de ustedes que, anhelosa de renacimiento y perfección, se yergue en un instante con poder incontenible, para sentirse súbitamente ennoblecida y engrandecida y ser—ya para siempre—superior.

"Deseo que lleguen a las aulas alegres, que lleguen confiados en el vigor de la propia esperanza; que lleguen con la decisión de triunfar. Que nada perturbe la serenidad del momento en que escuchen la primera palabra del profesor, y que si es pobre, la engrandezcan, con su amor de ustedes, en riqueza espiritual; y si es grande, le abran el alma a plenitud, como se abre el cielo al vuelo de la luz".

"Vayan en actitud de contener el riesgo de que la pri-

mera dificultad coloque la piedra resbaladiza por donde podría desviarse hacia el error el primer paso. Si algo que viene del profesor los deprime, si algo que venga del compañero los deprime—palabras, gesto o idea—tornen en la alegría de no saber sentir el menosprecio, la impresión que reciban. Y que ni ira, ni desaliento, ni nada pueda conturbar la encantadora serenidad de ese instante. Pero que tampoco,—y esto es más difícil y quizá más importante—, que tampoco la vanidad destruya la elevada acción del íntimo triunfo espiritual, atribuyéndolo a sencilla obra de gracia, inestable. Trátese de realizar la empresa heroica de vivir un minuto de perfección, de verdadera grandeza, de aprisionar por un momento dentro de ustedes la vida del hombre superior y sentir que, como en la historia del mundo, ella crea una cumbre desde la cual viene la luz y hacia la cual se dirige toda la suprema avidez de conquistar un porvenir”.

“El primer día de lecciones debe, desde su primer segundo, coronar de palmas y rosas, la bella juventud de ustedes”...

Su mano levantada, como una antorcha, señala rumbos a los jóvenes estudiantes. Su espíritu como una estrella, sigue señalando rumbos a los estudiantes, a los educadores, a los ciudadanos.

(La autora agradece la valiosa colaboración del Profesor don Rafael Cortés.)

— :: —

CÓMO ESTUDIAR LA CONDUCTA DEL NIÑO

GERTRUDE DRISCOLL

Publicación de la Unión Panamericana.—Washington, D. C., 1942.

En el presente trabajo ofrecemos a los lectores de los cuadernos pedagógicos de la Unión Panamericana los puntos esenciales de uno de los tres capítulos de que consta el interesante folleto intitulado **How to Study the Behavior of Children** (Cómo estudiar la conducta de los niños), preparado por la profesora Gertrude Driscoll para la serie **Practical Suggestions for Teaching** (Sugestiones prácticas para la enseñanza), de la Oficina de Publicaciones de Teachers College (Universidad de Columbia, Nueva York).

Si bien es cierto que el estudio científico del niño y la corrección de las desviaciones serias de la conducta infantil son de la competencia de especialistas en la materia, el concepto moderno del proceso educativo y los principios de la psicología contemporánea imponen al maestro la responsabilidad de conocer mejor a sus discípulos y de comprender los problemas personales de éstos. Sólo sobre tal base puede el maestro guiar inteligentemente el desarrollo de la personalidad de los niños que se le confían.

En el presente resumen, preparado por Francisco S. Céspedes, del personal de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, encontrarán los maestros sugerencias prácticas que posiblemente les serán útiles en el desempeño de tan importante aspecto de su labor. Asimismo, tales sugerencias pueden ser motivo de provechosas experiencias para los estudiantes de psicología infantil de las escuelas normales.

La Unión Panamericana agradece a la Oficina de Publicaciones de Teachers College el permiso concedido para

la publicación en castellano y en portugués de esta síntesis de parte del folleto mencionado y autoriza a las revistas y a los periódicos latinoamericanos para que la reproduzcan total o parcialmente, siempre que indiquen el origen de la misma.

— :: —

SUGESTIONES PRÁCTICAS

El maestro de escuela primaria tiene una oportunidad sin igual para estudiar la conducta humana. El grado en que él es capaz de aprovechar esta oportunidad depende de su preparación, experiencia e intuición. El maestro a quien estos factores han hecho consciente de la compleja naturaleza de la conducta humana, ve en cada niño un individuo y trata de interpretar la conducta infantil a la luz de los procesos de desarrollo y de las condiciones que contribuyen a hacer de cada niño la clase de persona que es. Para un maestro así, el contacto diario con diversas personalidades en formación no es mera rutina, sino una experiencia creadora cuyos frutos han de servirle de base para formular un plan de desarrollo de las potencialidades de sus alumnos.

A fin de entender las distintas modalidades de la personalidad de cada niño, es esencial que se estudie su conducta en una variedad de situaciones. El aula, el patio de juegos y las actividades extraescolares le proporcionan al maestro terreno propicio para observar las características y los modos de conducta con que cada niño responde a situaciones diversas.

En el aula el niño trata de convivir con sus compañeros, mantener su individualidad y adquirir los conocimientos y habilidades que se consideran esenciales. En el patio de juegos la pericia y el esfuerzo físicos tienen un papel dominante. Actividades extraescolares, tales como los juegos del vecindario, reflejan las diferentes influencias de orden cultural que actúan sobre cada niño.

El maestro estudioso complementa la información que obtiene de estas fuentes con datos adicionales suministrados por el hogar.

La observación y el análisis son los métodos principales

de que se vale el maestro para estudiar la conducta de sus alumnos. Este análisis es válido sólo en la medida en que la observación sobre la cual se basa sea exacta y esté exenta de prejuicios. Si el maestro aprende a observar con exactitud el drama humano que se desenvuelve ante sus ojos, nadie puede superarle en lo que se refiere al valor de sus aportaciones para la comprensión de la conducta infantil. He aquí algunas indicaciones que pueden facilitar la observación sistemática.

Al observar la conducta, debe tenerse en cuenta que todo acto es la reacción natural a una situación determinada, reacción que constituye no sólo la manifestación esperada, sino también el efecto de algún estímulo interno que obra sobre la persona en el momento de actuar. Aquél, en no pocos casos obstaculiza la acción que se desea. Más allá de las reacciones del niño que no presta atención o del que se comporta ante el maestro de manera extraña, deben buscarse los factores divergentes que ocasionan tal conducta. Si el maestro tiene presente que toda forma de conducta tiene su causa, logrará, mediante la observación inteligente, una clara percepción de ésta. Antes de llegar a una conclusión, es conveniente que el maestro se haga estas preguntas:

1. ¿Qué situaciones en el aula dan lugar a que los niños reaccionen en forma inusitada?
2. ¿Cómo puedo determinar si una forma de conducta es satisfactoria o apropiada?
3. ¿Tengo en el aula niños que siempre reaccionan de la manera que yo espero? ¿Es esto conveniente para el desarrollo de su personalidad?
4. ¿Tengo alumnos que frecuentemente reaccionan de manera poco satisfactoria? ¿A qué se debe esto?

La descripción de las observaciones debe ser precisa. Como la ficha en que se anotan ha de usarse más de una vez, ya sea por el mismo maestro o por otras personas, es esencial que se describan exactamente tanto la reacción del niño como las circunstancias en que tuvo lugar. Los análisis hechos en términos vagos y generales y que solamente tienen valor para el maestro no son tan útiles como las descripciones hechas de acuerdo con las normas mencionadas.

Por ejemplo, "María trabajó bien hoy", puede ser útil para el maestro que hizo la observación, pero significa muy poco para otros maestros que tengan otras ideas sobre el trabajo escolar. "Manuel comenzó la mañana en uno de sus melancólicos estados de ánimo. Al entrar en el aula, se encaminó a su banco sin mirar a nadie, los ojos inexpresivos, el semblante pálido. No sonrió, sino que pasivamente esperó que se diera la orden para comenzar el trabajo". Este apunte retrata la conducta de Manuel en una mañana determinada. Si esta conducta ocurre a menudo, el maestro tiene fundamentos para suponer que a Manuel algo le preocupa intensamente.

Las siguientes recomendaciones a este respecto pueden ser útiles:

1. Evítese el uso de términos que indican buena o mala conducta, tales como "dócil, dispuesto a cooperar", "perezoso", "molesto", "agradable". Estos términos describen un juicio ya formado.

2. Descríbase exactamente la reacción que nos hizo llegar a la conclusión de que el niño era molesto, dócil, perezoso, etc., en vez de apuntar escuetamente tal observación.

3. Descríbanse las reacciones que ocurren frecuentemente y trátense de describir las distintas circunstancias que provocan tales reacciones.

4. Obsérvese una situación particular y véase cuántas reacciones diferentes se pueden distinguir entre los niños de su clase.

Las descripciones aisladas son siempre interesantes, pero de valor dudoso cuando se trata de llegar a una conclusión sobre las posibles causas de determinadas formas de conducta. Los registros acumulativos son más útiles, ya que ellos constituyen un historial de la conducta en diversas circunstancias— días desfavorables y en días propicios, en la actividad dirigida por el maestro y en la actividad espontánea. Facilitan, además, el estudio de la relación de causa y efecto. Las reacciones que deben observarse con más detenimiento son aquellas que no parecen corresponder a la causa o al estímulo aplicados. En éstas puede ver el maestro la presión que ejercen los sentimientos, los intereses y la

vida emotiva del niño, y así entender mejor qué clase de oportunidades debe brindarle al niño. De ahí estas sugerencias:

1. Comience a anotar observaciones de la conducta de los niños en una variedad de situaciones. Estudie estos apuntes acumulativos de tiempo en tiempo a fin de comprender mejor las necesidades especiales de los alumnos.

2. Si se dedican unos cuantos minutos de cada día a estudiar, en vez de dirigir, la conducta de los educandos, los resultados en el manejo eficiente del aula serán halagadores. Frecuentemente esta práctica ayuda a resolver enojosos problemas.

3. Preste atención especial a las manifestaciones de conducta que tienden a repetirse demasiado. Estos clisés, por decirlo así, pueden ser indicio de que el alumno está adoptando una reacción que él considera adecuada aunque ésta no se adapte a la situación particular.

LA EDAD DEL DESARROLLO

La edad del desarrollo es el nivel que un niño ha alcanzado en un momento determinado sin tomar en cuenta su edad cronológica. El niño de ocho años que tiene igual edad de desarrollo es más bien una excepción. Un buen número de niños se adelantan o se atrasan en una u otra de las fases de su desarrollo intelectual. En aproximadamente el cincuenta por ciento de la población infantil el desarrollo intelectual corresponde más o menos a la edad cronológica; en el cincuenta por ciento restante pueden advertirse diferencias más o menos pronunciadas entre el nivel intelectual y la edad cronológica. Este fenómeno ocurre también en relación con el desarrollo físico, el desarrollo de la sociabilidad y el afectivo. Puede darse el caso de que una niña, digamos de nueve años, haya llegado al nivel mental de una niña normal de catorce, y demuestre estar también adelantada en su desarrollo emocional y social, si bien su desarrollo físico no se aleja mucho del que le corresponde por su edad cronológica. Como generalmente el maestro no dispone de medios científicos para determinar el nivel de desarrollo de sus alumnos, señalamos aquí algunos indicios que puede es-

tudiar, para formarse una idea aproximada del estado de cada uno de sus alumnos.

índices del desarrollo intelectual.

Capacidad para seguir instrucciones.—Esta aptitud exige la capacidad de comprender órdenes, de recordar suficientes detalles y de relacionar las instrucciones recibidas con la tarea específica que ha de ejecutarse. Maestro:

1. ¿Hay en su aula niños que experimentan dificultad en seguir instrucciones? ¿Se debe ésta a inhabilidad para entender o a cierta falta de facilidad para recordar las instrucciones?

2. ¿En qué niños se puede relacionar la aptitud para seguir instrucciones con la capacidad intelectual o con el nivel de aprovechamiento?

3. ¿Sienten algunos niños placer en seguir instrucciones al pie de la letra? ¿Es esto deseable?

Aprovechamiento académico.—El aprovechamiento de un niño, comparado con los requisitos del grado que cursa, es un indicio importante de su desarrollo intelectual. Sin embargo, no debe considerársele como único criterio, ya que hay otros factores que influyen también en el aprovechamiento. Cierta deficiencia en el desarrollo físico, por ejemplo, puede incapacitar a algunos niños para coordinar el ojo, la mano y la atención en una actividad tal como la lectura. Por el contrario, otros niños que han logrado una mejor coordinación física y sensorial pueden aprovechar mucho más de lo que sería de esperarse dada su capacidad intelectual. Su equipo intelectual, emocional y físico, en otras palabras, funciona uniformemente hacia un mismo fin. Además, hay que recordar que ciertos factores emotivos, tales como una actitud hostil o antagónica hacia el maestro o hacia el trabajo escolar, a menudo suelen retardar el aprovechamiento aun de alumnos de buena capacidad intelectual. Conviene preguntarse:

1. ¿Qué niños de mi aula, al parecer inteligentes, están

retardados en cuanto a aprovechamiento? ¿Hay discrepancias entre su desarrollo afectivo, social y físico?

2. ¿Qué niños demuestran un aprovechamiento que corresponde a su capacidad intelectual?

El desarrollo del interés.—Los niños se diferencian entre sí por la intensidad con que persiguen sus propósitos. En términos generales, los niños de superior inteligencia son capaces de dedicarse a un mayor número de actividades que los niños de inteligencia media o inferior. El maestro se dará cuenta, sin embargo, de que no es raro el caso de niños muy inteligentes con intereses esporádicos y superficiales. Este fenómeno sugiere cierta dispersión de la atención, causada tal vez por alguna dificultad personal, comúnmente relacionada con la vida afectiva del niño. Sus intereses conducen al niño a explorar el mundo que lo rodea y por el estudio de ellos puede el maestro apreciar no sólo el crecimiento intelectual de sus alumnos sino también otros aspectos importantes de su personalidad.

Observe en su clase:

1. ¿Qué niños tienen los intereses más complejos? ¿Corresponden éstos a la habilidad intelectual y al aprovechamiento de los alumnos?

2. ¿Qué niños tienen escasos intereses? ¿Se debe esto a falta de estímulo, a atención dispersa o a un escaso desarrollo intelectual?

3. ¿Qué grado de iniciativa demuestra cada niño en la prosecución de sus intereses? Si hay diferencias en cuanto a iniciativa, ¿puede explicarse la razón?

Capacidad de pensar abstractamente.—El desarrollo de la capacidad para manejar ideas abstractas cada vez con mayor exactitud es signo de crecimiento intelectual. Aunque hasta hace poco se solía hacer demasiado hincapié en la habilidad de los niños en lo que se refiere a la facultad de pensar en términos abstractos, hay derecho a esperar que los alumnos de los grados superiores no tengan que acudir a lo concreto para la comprensión de ciertas ideas. Ya en este nivel la experiencia concreta cede el lugar al lenguaje para la comprensión de un buen número de ideas.

1. ¿Qué niños de su clase han llegado a la etapa intelectual en que pueden comprender una idea claramente por medio del lenguaje? ¿Ha investigado usted el grado de exactitud de los conceptos que se han formado?

2. ¿Qué niños exploran ideas abstractas espontáneamente? ¿Qué ideas abstractas les interesan? ¿Se debe esto a que han llegado a la madurez intelectual correspondiente o se debe a su asociación con adultos?

Capacidad de formular juicios.—Los niños de los primeros grados tienden a llegar a opiniones definitivas sin detenerse a examinar un suficiente número de hechos. A medida que crecen intelectualmente, sin embargo, se advierte en ellos una mayor capacidad para considerar los hechos pertinentes antes de formular un juicio sobre los mismos.

1. ¿Ha observado usted diferencias entre los niños de su clase en lo que se refiere a este asunto? ¿Cómo explica usted estas diferencias?

2. ¿Demuestran impaciencia algunos niños cuando se les trata de ayudar a que vean varios aspectos de un problema antes de pronunciarse sobre él?

3. ¿Son incapaces de formarse un juicio sobre algo, aun con la suficiente información? ¿Puede usted explicar la causa de esta indecisión?

Atención a los detalles.—Con la habilidad intelectual se desarrolla también en el niño la habilidad de percibir detalles en los objetos que lo rodean y en los sucesos que ocurren a su vista. El desarrollo de esta habilidad le da al niño una mejor comprensión del valor del detalle en el conjunto total. Sugestiones:

1. Haga que los alumnos de su clase dibujen la figura de un hombre. Note las diferencias en el número de detalles en los distintos dibujos.

2. ¿Pierden algunos niños la visión del conjunto por concentrarse demasiado en los detalles? ¿Cómo explica usted esto?

3. ¿Dejan de ver algunos niños la importancia de ciertas partes de un todo por falta de atención a los detalles?

Expresión de ideas.—La habilidad de expresar ideas se

relaciona íntimamente con la facilidad lingüística. Sin embargo, hay muchos niños y adultos que hablan mucho pero que expresan relativamente pocas ideas. La capacidad para expresar ideas puede mejorarse mediante el ejercicio apropiado. Haga estas observaciones:

1. ¿Qué niños expresan sus ideas con facilidad? ¿Se debe esta facilidad de expresión a una superior habilidad intelectual, al estímulo del hogar, a riqueza de vocabulario o a la confianza en sí mismo?

2. ¿Tienen algunos niños más facilidad para escribir o dictar ideas que para la discusión general y para la expresión oral? ¿A qué obedece esto?

3. ¿Demuestran algunos alumnos estar mucho más avanzados en la comprensión que en la habilidad de transmitir ideas a los demás? ¿Cuál es la causa de esta discrepancia?

La memoria.—Deben distinguirse dos aspectos de esta habilidad: el método, o sea la manera de recordar ideas y principios abstractos, y el período que transcurre entre la experiencia inicial y su recuerdo o reproducción exacta.

En cuanto al método, sabemos que los niños pasan gradualmente de la memoria sin comprensión, en que las imágenes de las experiencias concretas se retienen en su totalidad, a la edad en que la experiencia se analiza en sus elementos, de los cuales sólo hay que retener algunos para reproducir la experiencia total. No es de recomendarse después de los ocho o nueve años de edad el método según el cual el niño tiene que retener la experiencia total para recordarla o reproducirla.

Influyen en la exactitud y en la duración del recuerdo la exactitud del aprendizaje inicial y el deseo de retener la experiencia.

1. ¿Hay algunos niños en su clase que prestan atención escasa al aprendizaje inicial y que por lo tanto aprenden inexactamente?

2. ¿Ha tratado usted de hacer que sus niños analicen los métodos que usan al recordar con exactitud sus experiencias?

3. ¿Ha tratado usted de dar a los niños indicaciones concretas que faciliten la recordación?

Índices del desarrollo social.

Intercambio social.—En el desarrollo de la sociabilidad, el niño pasa del simple intercambio de cosas y objetos, y de las palmadas y empujones, a la comunicación por medio del lenguaje. De los niños de los grados superiores debe esperarse que sean capaces no sólo de expresar sus ideas, sino también de participar en verdaderas discusiones, para lo cual se requiere la capacidad de escuchar a los demás.

1. ¿Qué niños de su clase son capaces de mantener intercambio social principalmente mediante el lenguaje?

2. ¿Tiene usted niños que son amantes de hablar pero no de escuchar? ¿Cuál es el nivel general de su desarrollo?

3. Tienen algunos niños que recurrir al intercambio o regalo de objetos a fin de establecer contactos sociales satisfactorios?

Agrupación por sexos.—Durante el período preescolar y los primeros años de primaria, niños y niñas juegan juntos,* a menos que la escuela los segregue para ciertos fines. Tal separación ocurre espontáneamente a la edad de siete u ocho años. Ya en los grados superiores el código social que los niños comienzan a adoptar generalmente excluye a los miembros del sexo opuesto de los juegos colectivos. Justamente antes de la pubertad los grupos de varones y los grupos de niñas se manifiestan abiertamente antagónicos entre sí.

1. ¿Qué niños de su clase demuestran un desarrollo normal en lo que se relaciona con el sexo a que pertenecen los compañeros preferidos? ¿Está este desarrollo de acuerdo con la evolución física e intelectual?

2. ¿Tiene usted en los grados superiores niños o niñas que todavía desean jugar con miembros del sexo opuesto? ¿Son estos niños estimados por los demás?

* El autor se refiere a lo que generalmente ocurre en los EE. UU.

Participación en actividades colectivas.—Aunque los niños varían en cuanto al interés que en ellos despiertan las actividades colectivas, con el desarrollo normal de la sociabilidad aumenta también el interés en otras personas. Primero vienen los contactos sociales establecidos sobre una base puramente egocéntrica, y después se llega a los contactos motivados por algún interés común. Mientras que en el período preescolar y los primeros años de primaria el interés que impulsa al niño a la actividad colectiva es únicamente el de la propia satisfacción, a los nueve años los niños demuestran ya un deseo bien marcado de formar parte de un grupo. El ser excluidos de cualquier grupo crea en ellos cierto sentimiento de aislamiento y de inadaptabilidad. La aceptación de la obligación de contribuir al grupo es el aprendizaje más importante que ocurre en los primeros grados superiores, los niños que no han aprendido a aportar algo al grupo quedan excluidos de su seno. En este nivel del desarrollo, ciertas habilidades especiales, sobre todo en las actividades físicas, adquieren valor. El niño que a los nueve o diez años no ha descubierto qué contribución puede hacer al grupo, y es rechazado por éste, pierde la mejor oportunidad para la adquisición de actitudes y hábitos de utilidad social. La timidez y la cortedad que algunos niños manifiestan en sus relaciones con los demás suelen ser el resultado de la frialdad con que han sido recibidos por sus compañeros. Normalmente, a la edad de nueve o diez años los niños han debido descubrir, a base de experiencia, la aportación que pueden hacer al grupo a que pertenecen.

1. ¿Tiene usted en su clase niños que participan en una actividad colectiva solamente cuando pueden salirse con la suya?

2. ¿Hay algunos niños a quienes siempre les gusta participar activamente en juegos colectivos? ¿Cómo conducen estos niños sus relaciones sociales?

3. ¿Qué niños parecen siempre estar al margen de toda actividad? ¿Tienen ellos algunas veces la satisfacción de ser incluidos, aunque sólo por poco tiempo, en el juego? ¿Qué aportan en estos casos?

4. ¿Tiene usted en su clase niños que rehuyen las ac-

tividades dirigidas por otros niños? ¿Cómo se conducen en tales circunstancias?

índices del desarrollo emotivo.

Moderación de la reacción emotiva.—La conducta afectiva del niño de edad preescolar se caracteriza por la falta de moderación. La alegría del infante es desmedida. Su enojo se expresa con violencia; pero a medida que el niño crece, los cambios súbitos de un estado de ánimo a otro no sólo son menos frecuentes sino que la exteriorización de las emociones es asimismo más moderada. La capacidad de moderar la intensidad de la expresión emotiva es signo de desarrollo a este respecto.

1. ¿Hay en su clase niños que no pueden dominar sus emociones?

2. ¿Tiene usted niños que se dominan en la escuela pero que en el hogar recurren a explosiones de cólera?

3. ¿Hay niños en su clase que no gozan de la confianza de sus compañeros porque expresan sus emociones violentamente? ¿Ha encontrado usted medios normales de expresión para estos niños?

4. ¿Hay en su clase niños cuyo estado de ánimo fluctúa en el curso del día?

Actitud ante situaciones difíciles.—Frente a una situación difícil el ser humano adopta alguna de las siguientes actitudes:

1. Intenta resolver el problema ya sea mediante el proceso de ensayo y error o la consideración razonada del mismo.

2. Trata de lograr una solución por medio de la ayuda de otra persona de más experiencia.

3. Evade el problema, se pone al margen de la situación y se ocupa de algo más interesante. La solución es parcial o es escogida al azar.

4. Niega la existencia del problema y adopta una actitud de pretendida indiferencia.

Los niños que desde temprana edad comienzan a adop-

tar el método que se caracteriza por la consideración razonada del problema, están en el camino de la madurez emocional. Los que evaden el problema, o niegan su existencia, necesitan la ayuda del maestro a fin de adquirir la confianza y la habilidad necesarias para hacerle frente. Recomendaciones:

1. Analice las reacciones que se observan en los niños frente a un problema difícil. ¿Cuál de las cuatro actitudes es la que predomina?

2. ¿Hasta qué grado los factores de orden emotivo y la fatiga determinan la manera de afrontar un problema?

3. ¿Se presentan en su aula situaciones que estimulan en los alumnos la inventiva y el deseo de afrontar los problemas de manera lógica?

Observe también:

1. Si algunos de sus alumnos, por mostrarse demasiado dispuestos a aceptar las muestras de amistad de los demás, llegan a desconcertar a sus compañeros.

2. Si algunos niños reaccionan con indiferencia a las expresiones de cariño de los demás.

3. Si en su clase hay niños que despiertan en otros niños y adultos manifestaciones de cariño.

Y pregúntese por fin: ¿Qué es lo que en la personalidad de estos niños produce tal reacción?

La conducta egocéntrica.—El egocentrismo, que en la infancia llega a su máxima expresión, disminuye gradualmente a medida que se desarrolla la conciencia de grupo.

1. ¿Cuenta en su clase con niños que, sin llegar a padecer de timidez, demuestran, sea cual sea la circunstancia, una invencible tendencia a concentrarse en sí mismos?

2. Fíjese qué niños han alcanzado cierto equilibrio entre el respeto por el grupo y la expresión de su propio yo.

3. Observe si hay niños que en su afán por complacer al grupo se privan de satisfacer sus propios gustos.

RELACIONES PERSONALES

Las relaciones que el individuo mantiene con los demás acondicionan sus actividades a través de toda su vida. De ahí que el desarrollo adecuado de la sociabilidad debiera ser la principal finalidad del proceso educativo. Fundamentalmente, la relación de un individuo con la sociedad refleja la actitud que él tiene hacia sí mismo. En términos generales esta actitud puede ser:

a) la del individuo que, al sentirse inseguro de sí mismo y descubrir la necesidad de ocultar sus propias deficiencias, asume un aire de baladrón que comúnmente choca a los demás;

b) la del individuo que tiene relativa confianza en sí mismo, se da cuenta de sus deficiencias y generalmente es capaz de expresar con naturalidad su consideración para con los demás;

c) la de la persona que se da demasiada cuenta de sus incapacidades o que manifiestamente carece de confianza en sí mismo y exhibe a las claras la desconfianza en sí mismo.

La actitud adoptada por el niño influye considerablemente en la satisfacción que deriva de sus relaciones sociales. Conviene, en consecuencia, poder identificar a los niños que en la clase demuestran estar seguros de sí mismos. Es asimismo útil determinar si hay algunos niños a quienes sus compañeros rechazan por el aire de valentones que asumen en sus contactos sociales y si hay otros que no son tomados en cuenta por sus compañeros porque son apocados, o faltos de ánimo.

Amistades.—Las amistades íntimas, entre los alumnos de los grados superiores de la escuela primaria, indican que el niño ha pasado normalmente de las preocupaciones egocéntricas de la infancia a intereses más amplios. El niño que al llegar a los grados superiores carece de amigos, merece de parte del maestro mayor atención que aquellos que cultivan una sola amistad íntima. Hay que ver:

1. ¿Qué niños de su clase tienden a cultivar una amis-

tad que excluye otras? ¿Cuál parece ser el interés que motiva las amistades íntimas?

2. ¿Trabajan los amigos íntimos en cooperación con otros?

3. ¿Da lugar esta amistad íntima al rompimiento o falta de cordialidad con los demás niños?

4. ¿Qué niños parecen carecer de la capacidad de hacerse de amigos y siempre quedan excluidos de equipos o grupos?

La conducta agresiva. — Los niños agresivos e inconformes generalmente le quitan demasiado tiempo al maestro por los constantes trastornos o perturbaciones del orden a que dan lugar. Estos niños desean ocupar el centro del escenario, exigen la atención del maestro y si se les deja a su propia iniciativa son incapaces de concentrar su atención en una tarea determinada.

La agresividad excesiva en los niños suele ser consecuencia de la exagerada o de la insuficiente atención de los padres. En el primer caso, es muy posible que los padres, por temor a inhibiciones dañinas o por admirar el comportamiento dinámico y agresivo, no impongan límites sensatos a las exigencias de sus hijos. En el caso contrario, que ocurre con más frecuencia, la falta de atención de parte de los padres se debe tal vez a la excesiva preocupación de éstos por sus propios problemas, al hecho de que el niño no es bien parecido en comparación con sus hermanos, o a la circunstancia de que los padres, debido a un desorden emotivo, no prodigan al niño el cariño que éste tiene derecho a esperar.

El maestro estará en mejores condiciones de corregir la agresividad exagerada de algunos niños si sabe la causa. En todo caso, el niño agresivo debe darse cuenta de que el maestro reconoce y aplaude sus buenas cualidades. Los niños para quienes no hay cortapisas en el hogar aprenderán, mediante las restricciones impuestas por los compañeros y por el maestro, lo que se exige de ellos en el aula.

La agresividad de los niños que han sido privados en el hogar de la atención que merecen es más difícil de corregir. En estos casos el maestro discretamente dará su

aprobación al trabajo bien realizado. Cualquier medio sano de expresión, como las representaciones dramáticas, la oportunidad para actuar de líder, o tareas especiales asignadas de acuerdo con la capacidad del alumno, ayudarán a éste a ejercer dominio sobre su conducta cuando ello sea necesario.

La conducta esquivia.—Los niños que tienden a apartarse de la actividad del aula requieren mucho más la consideración del maestro que los agresivos. Éstos son los niños tímidos y dóciles cuya presencia no se hace sentir, los niños a quienes consideramos simplemente como “buenos”. Frecuentemente estos niños se guardan para sí sus ideas y sentimientos. Una fecunda imaginación y la falta de intercambio con los demás complican el problema.

Al descubrir que los sentimientos que expresan espontáneamente son ridiculizados por sus mayores, desde muy temprana edad se cubren con una máscara y adoptan la expresión de esfinge para protegerse contra los adultos que no los comprenden. Detrás de esta expresión aparentemente cándida, se agita un torbellino de emociones y sentimientos reprimidos, sentimientos y emociones que a veces se desbordan en manifestaciones exageradas de cólera, de risa y de llanto, frente al estímulo más insignificante.

Estos niños necesitan el estímulo discreto del maestro y la satisfacción del éxito en el trabajo escolar. La aprobación y el estímulo del maestro deben referirse al producto del trabajo más bien que a las cualidades personales del alumno. Si éste, al adquirir confianza en sí mismo, trata de concentrarse sólo en una línea de actividad, toca al maestro alentarlos en otros terrenos.

La burla.—La burla es una forma reveladora de conducta, tanto de parte del que la hace como del que la recibe. Los niños sienten la necesidad de ejercer autoridad o de gozar de prestigio en el grupo y no hay manera más fácil de experimentar esta sensación que acudiendo a la burla. Como los niños reaccionan ante los demás de una manera intuitiva y emocional, a menudo se dan cuenta de ciertas debilidades que el adulto pasa por alto. El niño que logra la satisfacción de sus deseos con la burla, generalmente

hiere el punto vulnerable de su blanco. Este modo de conducta es pernicioso, pues puede resultar en el aislamiento del burlón.

Los niños que sufren con la burla de otros son generalmente los que carecen de confianza en sí mismos. A menudo sus puntos vulnerables le parecen insignificantes al adulto, pero si el maestro los observa, descubrirá qué aspectos de su personalidad son la fuente de su inseguridad. Puede que sea el tamaño, el vestido, la capacidad mental, la familia, los hábitos personales, o cualquier otra proyección de la personalidad. Las debilidades que sirven de blanco a la burla de los demás son siempre características que distinguen al niño del resto del grupo.

1. ¿Tiene usted en su clase niños que se valen de la burla como medio de ganar prestigio? ¿Puede usted encontrar una manera más constructiva de lograr tal fin?

2. ¿Tiene usted niños que son fácil blanco de la burla de los demás?

3. Observe los métodos que usan los burlones y los métodos de defensa que usan sus víctimas.

Intervención de terceros.—El niño a menudo ve sus actividades y deseos frustrados por contrariedades de orden material, por la intervención del maestro o por la intervención de sus compañeros. La actitud que asume al tropezar con contrariedades materiales como, por ejemplo, cuando se le quiebra la punta del lápiz o se le derrama la tinta en medio de una prueba de caligrafía, brinda al maestro la oportunidad para darse cuenta de la manera en que el niño reacciona en tales casos.*

Cuando la frustración es causada por la intervención excesiva del maestro, un nuevo elemento entra en la situación. Es posible que el niño se someta sin seria objeción a la autoridad del maestro en lo que se relaciona con su trabajo escolar, pero la autoridad adulta bien puede encontrar resistencia. Al acatar la intervención del maestro, el niño sigue uno de los métodos siguientes: 1) aceptación

* Véase "Actitud ante situaciones difíciles".

con resentimiento; 2) protesta violenta o desobediencia; 3) aceptación sólo bajo la vigilancia del maestro; 4) acatamiento de las órdenes del maestro, pero con indiferencia.

Al llegar a los grados superiores, los niños han solido aprender ya muchas tácticas para vencer la intervención de los compañeros.

1. ¿Qué niños de su clase tienen más recursos para resistir las instrucciones de otros niños? ¿Qué métodos usan? ¿Son tales métodos socialmente aceptables?

2. ¿Son algunos niños tan solícitos con los demás que tienen muy poco tiempo para atender a su propio trabajo?

3. ¿Aprovechan algunos niños las interrupciones en el trabajo para desatender sus tareas escolares?

EL PAPEL DEL MAESTRO

El maestro como amigo y mentor.—El maestro es quien sitúa al niño en un campo de actividades que, por el valor que se le atribuye tanto en el hogar como en la comunidad, es de capital importancia. De ahí la influencia que la acción del maestro tiene en la vida del niño en los primeros años de su carrera escolar.

En los grados superiores los niños necesitan del maestro como amigo y mentor, aunque se resistan a manifestarlo. El maestro que es capaz de establecer una base satisfactoria de colaboración con sus alumnos ejerce sobre ellos una influencia poderosa que no puede medirse tan sólo por el aprovechamiento en el aula.

1. ¿Con qué niños de su clase puede usted trabajar en perfecta armonía?

2. ¿Le ocurre a veces experimentar la sensación de que está trabajando contra los deseos de la clase?

3. ¿Experimenta otras veces la sensación de que toda la clase trabaja con usted, de que los alumnos lo aceptan no sólo como mentor sino como amigo que los ayuda en la realización de sus fines?

Relaciones de los alumnos con el maestro.—A medida que los niños progresan en su carrera escolar, cambia su actitud hacia el maestro. De padre sustituto pasa a ser con-

siderado como un adulto de idiosincrasia particular, de quien no hay que depender emotivamente. El deseo de agradar al maestro, que experimentan los niños de los primeros grados, cede el paso, en los grados superiores, a un espíritu de solidaridad entre los alumnos, gracias al cual el niño se siente con mayor libertad para determinar cuándo ha de cooperar con el maestro.

1. ¿Ha notado usted que algunos niños son capaces de cambiar de táctica para obtener su aprobación cuando se dan cuenta de sus cambios de estado de ánimo?

2. ¿Requieren algunos niños su atención y aprobación hasta el punto de ensayar diversos métodos para conseguirlas?

3. ¿Advierte usted algún plan de los niños para llevarle a la discusión de algún tema favorito con el cual gozan ellos y usted?

4. ¿Tiene usted niños que le confían ciertos secretos después de pasar juntos un rato feliz?

El maestro como símbolo de autoridad.—Los niños se forman una norma de conducta con respecto a los adultos antes de entrar en la escuela. En el hogar aprenden a considerar al adulto como persona amiga o como persona pavorosa cuyo contacto hay que rehuir. Esta segunda actitud invariablemente acarrea dificultades al alumno durante el curso de su carrera escolar, y toca al maestro hacer lo posible por cambiarla desde los primeros grados.

1. ¿Qué niños de su clase conversan con usted espontáneamente? ¿Cuál es la naturaleza de sus conversaciones y confidencias?

2. ¿Tiene usted niños que le miran sólo de soslayo y nunca se atreven a hablar con usted cara a cara?

3. ¿Hay en su clase niños que tratan de rehuir su presencia, pero que se conducen de manera desafiante siempre que usted vuelve la espalda?

4. ¿Tiene usted niños que se muestran temerosos siempre que usted trata de hablarles directamente?

Relación entre la aprobación del maestro y la rivalidad.
—Dos razones explican la rivalidad entre los niños en el

trabajo escolar. La primera es el deseo de obtener la aprobación del maestro; la segunda es la necesidad de comparar el trabajo individual con el de los compañeros, a fin de obtener una idea de las propias habilidades.

Los niños tratan de descubrir sus propias aptitudes desde los primeros años; la aprobación del maestro y los resultados de su trabajo en relación con el de los demás les sirven de cartabón. La comparación del trabajo propio con el de sus condiscípulos da al niño una idea relativa de su propio valor. El niño que teme que su aprovechamiento sea inferior al de los demás, suele demostrar total indiferencia con respecto al trabajo de sus compañeros, lo que puede considerarse como un mecanismo de defensa.

Es sana la actitud del niño que al darse cuenta de sus habilidades se impone cierta meta y se esfuerza por alcanzarla, compitiendo así consigo mismo tanto como con los demás.

1. ¿Qué niños sienten la necesidad de superar a sus compañeros? (Esto indica el deseo de adquirir poder y prestigio).

2. ¿De qué medio se valen los niños para obtener buenas calificaciones?

3. ¿Qué niños parecen desentenderse del aprovechamiento de los otros miembros del grupo?

4. ¿Hay niños que trabajan concienzudamente sin llegar nunca a ganar la admiración del grupo?

He aquí algunas de las muchas preguntas que el maestro que sabe su oficio debe hacerse para determinar hasta qué punto conoce a sus alumnos.



Indispensable

para la formación de un
criterio histórico y económi-
co de nuestro país es el

Estudio sobre

Economía

Costarricense

del
Lic. Rodrigo Facio B.

que acaba de poner a la venta la

LIBRERIA ESPAÑOLA
